

El paradigma de la diferencia infinitesimal como (meta)teoría social emergente

Sergio Tonkonoff

(UBA/Conicet)

tonkonoff@gmail.com

Tarde, Deleuze, Foucault: micro-sociología, micro-política y micro-física. Tales son los nombres y los conceptos insignia de un modo de pensar lo social que, si bien lleva ya más de un siglo de desarrollo, todavía puede caracterizarse como nuevo. Un paradigma, todavía en construcción, caracterizado por un fuerte rechazo a las visiones totalistas (macro-políticas y macro-físicas) de lo social y sus dinámicas. Será objeto de la presente ponencia re-construir sus principales conceptos y sus principales articulaciones (meta)teóricas. Sobre todo, nos ocuparemos de los conceptos de ensamblaje (Tarde), agenciamiento (Deleuze) y dispositivo (Foucault) en lo que tienen de homólogos, y aun de intercambiables

Micro-sociología

En 1968, Deleuze publica *Diferencia y Repetición*, una obra fundamental donde se estructura lo que tal vez sean los lineamientos más generales y duraderos que caracterizan su estilo de pensamiento. Tal vez sea posible decir que toda la ontología, pero también toda la epistemología, la política, la estética, y la teoría social deleuzianas, dependan en gran medida de esos desarrollos. Por ello no resulta irrelevante hacer notar que ya desde el título se insinúan los vínculos existentes entre este pensamiento y el de uno de los fundadores de la sociología en Francia: Gabriel Tarde. Esto señala, a nuestro modo de ver, hasta qué punto la pregunta por lo social es consuntiva del proyecto deleuziano.

Para verlo con claridad tal vez resulte pertinente reconstruir brevemente la (micro)sociología de Tarde, y utilizarla luego como una vía de entrada y esclarecimiento de la micro-política o el ezquizoanálisis —es decir, de la forma en la que

Deleuze, en asociación con Guattari, comprende la sociedad y diseña una metodología de abordaje a sus procesos.

En Tarde la vida social es producida por tres tipos de relaciones elementales: la imitación, la invención y la oposición¹. Llamó imitación a la interacción cara a cara o a distancia en la que alguien propone y alguien acepta –o, también, en la que uno manda y otro obedece. Relación asimétrica, contingente y reversible, que puede o no reproducirse cada vez, tanto como cada vez invertirse (y entonces quien era modelo pasará a ser copia). Se trata de una operación, consciente o inconsciente, capaz de multiplicarse sin limitaciones internas homogenizando el espacio social en el que se despliega, o más bien, produciendo un tipo particular de espacio: el de las similitudes y la reproducción social. De manera que el lazo social se produciría de la siguiente forma: un modo de hacer, sentir o pensar surge en un individuo y se transmite a otro que lo repetirá sirviéndole de ejemplo a un tercero, que será copiado a su vez. Esto es lo que Tarde denomina rayo, flujo o corriente imitativa: el modo específico por medio del cual lo diferente se vuelve semejante, y el primer paso para la conformación de identidades y conjuntos allí donde había una dispersión de elementos heterogéneos.

No habría inconveniente en llamar atomista a esta perspectiva siempre que, sabiendo a la materia social enteramente divisible en moléculas y átomos, se admita que también estos últimos pueden descomponerse. En breve: aquí los individuos no son elementos irreductibles y compactos. Se trata, más bien, de mónadas abiertas, hechas casi por completo de creencias y deseos. Tales son las partículas, sub-atómicas si se quiere, que conforman el mundo interno de las personas. Pero además, y aquí está la clave, ellas mismas conforman el contenido de la vida social. De modo que no habría inconveniente tampoco en llamar “molecular” a esta sociología. En ella la vida no es más que el fluir, confluir y diferir de las corrientes inter-mentales de convicción y pasión que tanto componen como descomponen a la sociedad y a sus sujetos. Así, tanto los individuos como los grupos resultan, antes que nada, zonas de pasaje, ensamble y sedimentación de los flujos que en ellos se reproducen.

¿De dónde provienen entonces las creencias y los deseos que se imitan? ¿Cuál es la génesis de lo que se ofrece como modelo? La respuesta de Tarde a esta cuestión se

¹ Para un desarrollo de cada uno de estos conceptos ver Tarde (1962, 1983, 2011)

concentra en el concepto de invención. Toda invención tiene lugar en un individuo, pero aquí tampoco es éste la categoría principal ni el elemento constituyente. Lo nuevo acontece en alguien que, sin embargo, no es exactamente su origen. Sucede (puede suceder) que ciertos flujos imitativos que atraviesan y constituyen a un sujeto se combinen en él o en ella de un modo imprevisto. Entonces una innovación, simple o compleja, ilustre o desapercibida, tendrá lugar. El innovador es el locus de una precipitación inesperada que pone una nueva diferencia en el mundo. Si es imitada, la invención será propiamente social. Se convertirá en un foco cuyos rayos modificarán la disposición del espacio en el que se propagan – y, si tienen suerte, originarán espacios nuevos.

Pero no todo acontecimiento se despliega socialmente, no toda invención es efectivamente imitada. Y esto entre otras cosas porque, en cada tiempo y lugar, hay múltiples invenciones que compiten entre sí y con otras anteriores a ellas que se reproducen ahora como tradiciones. Cada invención encuentra a su paso acontecimientos y flujos ejemplares que pueden tanto complementarla como neutralizarla. Esa neutralización, que para Tarde sólo puede ser provisoria, es el núcleo de los fenómenos de oposición – fenómenos que también forman parte de la vida social como él la entiende. Las polémicas del tipo que fueran y las guerras son formas masivas de oposición; la vacilación de un individuo sólo es su forma infinitesimal. Los conflictos sociales suceden cuando dos corrientes de fe o deseo actuadas por individuos convencidos y apasionados se enfrentan entre sí. Pero dado que la indecisión respecto de adoptar o rechazar una nueva palabra, vestido, oficio, profesión o partido remite a vectores imitativos que proviniendo del exterior se interceptan y contrarían en una sola mente, también la duda en un sujeto es un fenómeno netamente social.

No ha de pensarse sin embargo, nos advierte Tarde, que las oposiciones ocurren cuando se enfrentan dos flujos radicalmente diferentes entre sí. Las diferencias radicales no pueden enfrentarse. La oposición es, antes bien, un tipo de repetición especial: “la de dos cosas semejantes, dispuestas a destruirse entre sí en virtud de su misma semejanza”. Por eso las oposiciones, más que constituir el motor del cambio socio-histórico, comportan cierto modo de equilibrio o detención en sus devenires. Para él, como para Deleuze, ya lo veremos, las verdaderas transformaciones en el proceso multicentrado de la comunicación social no provienen de las luchas en cualquiera de sus formas – aun las más violentas. La violencia es sobre todo el resultado de una exacerbación de las contra-

semejanzas, el efecto físico de la agudización de un proceso opositivo. Proceso que, pasado el umbral de funcionalidad favorable a la reproducción del sistema oposicional, puede conducir a la destrucción de un estado de cosas, pero no a su transformación. En Tarde sólo las invenciones son capaces interrumpir el juego de las repeticiones y contra-repeticiones para dar lugar a lo nuevo.

Se ve de qué modo Repetición (imitación) y Diferencia (invención) resultan aquí las categorías principales para la comprensión de la producción, reproducción y transformación de la vida social y se comprenderá por qué Deleuze, en el libro que titula con esas palabras, podrá escribir: “Lo que Tarde insta es la micro-sociología, que no se establece necesariamente entre dos individuos sino que está ya fundada en un sólo y mismo individuo (por ejemplo la vacilación como «oposición infinitesimal» o la invención como «adaptación social infinitesimal»” (Deleuze, 2009: 243). En lo que sigue podrá verse la importancia de esta micro-sociológica al momento en que Deleuze, junto con Guattari, elaboren su propia teoría social en Mil Mesetas.

Micro-física

En *Vigilar y Castigar* de Michel Foucault afirma que que todo sistema de poder se enfrenta con el mismo problema, a saber, “el ordenamiento de las multiplicidades humanas” (DP, 218)". Tal nos parece el verdadero punto de partida cuando se trata de despejar la lógica teórica que articula la trama histórica y sociológica en este discurso genealógico. Las multiplicidades humanas son el campo donde el despliegue de (memo)técnicas coercitivas y de saberes que amplifican su eficacia, producen tanto “morales” (conjuntos de normas de organización societal), como “animales capaces de prometer” (sujetos sujetos a esas normas). Ahora bien, como queda dicho, lo que en Nietzsche era el modo trans-histórico de producción del cuerpo social y sujeción del cuerpo individual (la marca), en Foucault se convierte en el rasgo central de una tecnología de poder claramente datada: la soberanía. Lo propio del bio-poder, en cambio, no radicaría en marcar el cuerpo, sino ejercitarlo en tanto individuo y regularlo en tanto población.

Esas tecnologías de poder tienen un comienzo bajo, irrisorio y oscuro, en el sentido expuesto en *Nietzsche, Genealogy, History*. Aún cuando enarboles principios

nobles y humanitarios, aún cuando sus fines puedan pasar como los más elevados de la cultura (educar, por ejemplo), la mirada genealógica descubre estas tecnologías como un set de artilugios con fines de mezquina dominación. Con todo, en *Vigilar y Castigar*, ese comienzo ya no es el del “azar de las luchas” nietzscheanas sino el de las “minúsculas invenciones” tal como Tarde las concebía. Las tecnologías son ensambles de microscópicas creaciones de procedencias diversas, cuya emergencia no resulta de su enfrentamiento sino de su co-adaptación (de su ensamblado o disposición precisamente). Y esto continúa siendo así en el primer volumen de *Historia de la Sexualidad*, donde se profundiza su conceptualización en términos de dispositivo, y donde el bio-poder es explícitamente presentado como un ensamble o dispositivo de segundo grado. Allí la anátomo y la bio-política, siendo cada una de ellas una co-adaptación de invenciones, se han a su vez co-adaptado para producirlo (Foucault, HS). Si la definición mínima de dispositivo es “conjunto resueltamente heterogéneo” de elementos, se ve ahora que esos elementos son principalmente invenciones, y que como tales no emergen de enfrentamientos o contradicciones. Tampoco resultan de una precisa conciencia colectiva ni derivan de un vago *zeitgeist*. Ellas tienen lugar en individuos concretos e identificables, de quienes Foucault da cuenta cada vez que puede. Laboriosamente, Foucault expone el carácter hetero- o poli-genético, multicentrado y acumulativo de estas invenciones. Pero, además, coloca en el centro de la dinámica socio-histórica que describe aquello que en Tarde es la cifra de toda invención: se trata de respuestas específicas a problemas, y aún a “urgencias”, específicas (Foucault, 1994: 229). En este caso, las que vienen a resolver el “problema de la acumulación y de la gestión útil de los hombres” (Foucault VC, 344).

Bio-poder sería entonces la denominación general de un conjunto de invenciones “de origen diferente, de localización diseminada” que, ensambladas, constituyen dispositivos orientados a afrontar el problema de ordenar las multiplicidades sociales, tal como se presenta en la coyuntura histórica que dará comienzo a la configuración societal que conocemos como moderna –y que Foucault caracterizará como normalizadora. El desafío del bio-poder es articular el vector de la obediencia con el de la utilidad, el de la reproducción del capital con el de la producción de trabajadores obedientes, el de la multiplicación y la heterogeneidad de los cuerpos con el de la generación de individuos y poblaciones. Y dado que en su opinión lo consigue en gran medida, Foucault no duda en considerarlo como un conjunto de inventos geniales. (Esto

es así al menos en el caso de las disciplinas a las que calificó como el “huevo de colón” en el orden de la política).

En términos generales, se trata de mecanismos destinados a desempeñar “el papel preciso de introducir unas disimetrías insuperables y de excluir reciprocidades” en el campo social, entendido como campo múltiple de relaciones de poder. Relaciones que esos dispositivos buscan “desequilibrar definitivamente y en todas partes”, produciendo la subordinación no reversible de unos individuos respecto de los otros (VyC 205). Pero para que esto suceda deben “colonizar” el campo social en cuestión. Esto es, deben difundirse. Y esa difusión es tardeana en todos sus rasgos mayores. Lo que se propaga son las tecnologías en tanto esquemas o modelos. Métodos que, surgidos de la progresiva co-adaptación (o disposición) de procedimientos, instrumentos y saberes heterogéneos, se configuran como haces de técnicas y fórmulas fácilmente transmisibles, orientados a “programar” en el nivel de sus mecanismos elementales el funcionamiento básico de una sociedad (VyC 207). Modelos de vocación expansiva que, manteniéndose iguales a sí mismos, se diseminan infinitesimalmente, tejiendo una trama micro-sociológica que termina por establecer un régimen “sináptico” de poder en el cuerpo social. Así, “el esquema panóptico, sin anularse ni perder ninguna de sus propiedades, está destinado a difundirse en el cuerpo social; su vocación es volverse en él una función generalizada” (Foucault, VyC). Esta propagación se produce siguiendo ritmos, velocidades y distancias variables. Y es una tarea fundamental del genealogista seguir la cronología de su invención tanto como el calendario de su difusión (Foucault, HS). Es decir que debe cartografiar los desarrollos y las alternativas multilineales por las cuales estas tecnologías surgen en un punto, circulan en redes irregulares y llegan a ser “fórmulas generales de dominación” que consiguen imponerse sobre otras. Lo que aquí significa: llegan a producir y reproducir sociedades de normalización donde antes había sociedades de soberanía.

En cuanto a las “leyes” de esta difusión, Foucault parece reconocer una sola: se difunden mejor las invenciones que se muestran más eficaces para aumentar la potencia productiva de los cuerpos y disminuir su capacidad política. Veremos enseguida algunas de las consecuencias de ello. Por ahora digamos que ese señalamiento nos lleva a reconsiderar junto con las muy conocidas relaciones (nietzscheanas) entre saber/poder y cuerpo, las menos comentadas relaciones (*à la Tarde*) entre tecnologías de poder. El prisma tardeano nos deja ver que cuando se trata de describir la dinámica que da lugar a

los conjuntos sociales modernos, las luchas verdaderamente relevantes en esta genealogía se dan no tanto entre cuerpos como entre tecnologías (lo que equivale a decir, dicho sea otra vez, entre invenciones). Son ellas las que se oponen entre sí, concurriendo a dar respuesta al problema político que constituye su escenario de surgimiento y diseminación. Luego del “duelo”, la vencedora someterá a los cuerpos que, al menos en este período, resultan francamente pasivos. Así, por ejemplo, en la última mitad del siglo XVIII, tres tecnologías se encuentran enfrentadas presentándose como formas opuestas de lidiar con la multiplicidad social en el capitalismo (una soberana, una jurídica y una disciplinaria). Oposición de la cual no resulta ninguna síntesis, ni tampoco un combate abierto o una destrucción catastrófica. Lo que hay más bien, es cierta complementariedad funcional por la que las disciplinas trabajan como un “contra-derecho” que antepone el vínculo normalizador al vínculo contractual, estableciendo disimetrías donde **éste** propugna igualdades (Foucault, **VyC**).

Se ve que se trata de un concepto no dialéctico, en el que la oposición es un tipo particular de complementariedad y contra- semejanza. Y lo que acaso sea más importante: involucra una noción no dialéctica de cambio social por la que Foucault, al igual que Tarde y Deleuze, busca dar cuenta del carácter de las transformaciones socio-históricas en general. La sintaxis de la diferencia que todos ellos ensayan entiende que las verdaderas transformaciones surgen de invenciones que, produciéndose y propagándose a niveles micro-físicos (Foucault), infinitesimales (Tarde) o moleculares (Deleuze), modifican irremediablemente el espacio social en el que se diseminan.

Micro-política

En Mil mesetas, tanto las sociedades y los grupos como los individuos están hechos de líneas. Habría en primer lugar –expositivo, no lógico ni ontológico– lo que Deleuze y Guattari llaman segmentos duros o molares. Se trata de líneas de estratificación dependientes de máquinas binarias: máquinas de sexos, de grupos de edad, de razas, de profesiones, de clases sociales, de nacionalidades, por ejemplo. Máquinas que producen segmentos bien determinados que “cortan” a los individuos según los pares hombre-mujer, niño-adulto, blanco-negro, profesional-lego, pobre-rico, ellos-nosotros. Máquinas complejas que tanto se combinan como se chocan o enfrentan unas con otras. Máquinas que operan no tanto o no solamente en términos dualistas

(familia-profesión; trabajo-vacaciones) como dicotómicos (dicotomías donde el binarismo se diacroniza): familia, luego escuela, luego trabajo, finalmente jubilación. Estos segmentos duros implican también dispositivos de poder que fijan el territorio y el código del segmento al que corresponden. Apoyándose en la analítica del poder foucaultiana, Deleuze y Guatarri dirán que estos dispositivos no dependen del Estado. Pero esto no quiere decir que el Estado no se encuentre presente en su comprensión de lo social. El Aparato de Estado dirán “tiene una función muy particular en la medida en que sobre-codifica todos los segmentos (con los dispositivos de poder que les son propios), los asume en tal o cual momento, a la vez que los deja fuera de sí” (Deleuze, 1980: 145). El punto clave a este respecto es que el aparato estatal –maquina de captura– nunca totaliza el campo social sobre el que actúa: nunca consigue, ni mucho menos, subsumirlo a su lógica catastral, organizándolo y representándolo cabalmente. Funciona, antes bien, en un juego de estrategias de poder que son múltiples y heterogéneas, y actúa como “caja de resonancia” de los distintos segmentos duros (lo que le permitiría dominarlos hasta cierto punto). El aparato de estado sería pues “un agenciamiento concreto que efectúa la máquina de sobre-codificación de una sociedad”. Máquina que no se confunde con el Estado, ya que actúa en un nivel de abstracción todavía mayor. De manera que no depende del Estado, pero sólo es eficaz si éste la efectúa en el campo social.

Su rol, el rol de la máquina abstracta, “es organizar los enunciados dominantes y el orden establecido de una sociedad, las lenguas y los saberes dominantes, las acciones y los sentimientos adecuados a dicho orden, los segmentos que prevalecen sobre los demás. La máquina abstracta de sobre-codificación asegura la homogeneidad de los diferentes segmentos, su convertibilidad, su traducibilidad, regula el paso de unos a otros y sobre qué tipo de prevalencia” (Deleuze, 1980: 146).

Habría, además, líneas de segmentariedad flexible o molecular. Se trata de líneas que proceden por umbrales (no por cortes, como los segmentos duros). Constituyen, dirá Deleuze, bloques de devenir, marcan continuos de intensidad y conjugaciones de flujos. También tienen máquinas abstractas, pero no son las mismas que las anteriores. Se trata de máquinas de mutación y no de sobre-codificación. Si aquellos segmentos producen territorios y codificaciones, estas líneas actúan, en cambio, por descodificación y desterritorialización. Descomponen la binariedad puesto que no se inscriben ni en oposición ni en complementariedad respecto de los segmentos molares.

Son líneas de micro-devenires cuyo ritmo no coinciden con la historia del grupo o del individuo (hechas ambas de segmentos duros). Líneas de intensidad que se miden por umbrales o quantas: hay allí, afirma Deleuze, otra política, otro tiempo, otra individuación. Atraviesan los segmentos duros, arrastran los estratos que componen en movimientos de flujo o fuga. Sobre determinado segmento binario -sobre una clase o sobre un sexo socio-históricamente determinados, por ejemplo-, las líneas moleculares hacen pasar flujos de desterritorialización y descodificación. Pero no constituyen una mixtura ni una síntesis: ni bisexualidad, ni clase media. Son flujos que “proceden de otra parte” y se dirigen a otros lugares (o a ninguno, cuando se precipitan en líneas de fuga). Estos movimientos infinitesimales, contagios de creencia y deseos, se comportan como un tercero radical ante las dicotomías molares: la sexualidad molecular no es ya la del hombre ni la de la mujer; las masas moleculares ya no poseen los límites de una clase. Son, como se ve flujos de creencias y deseos de orden micro-sociológico que, sin embargo, para Deleuze al igual que para Tarde, resultan capaces de producir transformaciones sociales de amplia escala.

Habría, finalmente, líneas de fuga o abstractas. Son líneas de fisura o de ruptura que conjugarían los movimientos de des-territorialización de las líneas flexibles. Su aceleración precipita los flujos moleculares y los lleva a formar parte de un plano de consistencia o una máquina mutante. Dejados a su suerte, estos devenires radicalmente abstractos, conducen a la abolición de todo aquello que desestratifican. Si en la línea molecular o flexible las desterritorializaciones son relativas, si siempre son compensadas por re-territorializaciones o segmentariedades duras (aquellas que, acumuladas, forman un plano de organización y se articulan con máquinas de sobre-codificación); la línea de fuga afirma Deleuze, arrastra a quienes singulariza a través de sus segmentos (o estratos) pero también a través de sus umbrales. Es una línea nómada, mientras que la línea flexible es migrante, y la línea molar es sedentaria.

Estos desarrollos conducen a Deleuze y Guattari a concebir toda entidad o artefacto social como un agenciamiento maquínico. Todo agenciamiento o máquina colectiva implicaría siempre estas tres líneas. Es decir, debe ser tratado como un conjunto multilineal o una red de relaciones (de poder y de deseo), que funciona disponiendo aquellas líneas siempre de modos específicos. Pero esa disposición no totaliza a los flujos que compone. Cada flujo puede participar de varios agenciamientos, de varias redes a la vez. De allí que la micro-política o el esquizo-análisis se dedique a

investigar composiciones lineales que surcan un campo social, mapeando las formas, los estados y las dinámicas de estos tres tipos de flujo inmanentes e imbricados: “tenemos tantas líneas enmarañadas como en una mano. Somos tan complicados como una mano. Lo que nosotros denominamos de diversas maneras –esquizo-análisis, micro-política, pragmática, diagramatismo, rizomática, cartografía – no tiene otro objeto que el estudio de estas líneas, en los grupos o en los individuos” (Deleuze, 1980: 142).